Pastor Tim Rolen

New Hope Community Church (Non-Denominational)

Clovis, California

9 de Noviembre de 2014

¡Lo que creemos determina cómo vivimos realmente! ¡Por eso esta serie de sermones es tan valiosa! Lo que decimos con nuestros labios no siempre se corresponde con lo que creemos en nuestro corazón.

¿Cuánto aprecias las muchas conversaciones entrañables con familiares y amigos que están almacenadas en tu memoria? ¿Y las que has tenido con Dios?

Hoy nos centraremos en **la práctica/disciplina clave** **2** – **¡ORACIÓN!** ¡Así que oremos! Tómate 2 minutos para orar, - - - - - - -   ¿Cómo te has sentido en estos dos minutos?¿Qué has hecho durante estos **dos** minutos?

¿Cuántos han hablado con Dios?

¿Cuántos se han preguntado qué hacer, pensando: ¡Vaya pérdida de tiempo!?

¿Cuántos han escuchado primero a ver de qué quería Dios que hablaran?

¿Cuántos han abierto la Biblia para escuchar la voz de Dios?

**Lo que nos empuja o motiva a orar:**

Tiempos difíciles de la vida.

El ejemplo de oración de Jesús.

Las promesas de Jesús acerca de la oración.

El deseo de conocer a Dios como Jesús lo conoció.

**Lo que nos aleja de la oración:**

La ocupación

La incomodidad (vergüenza)

La duda

Los altibajos con la oración en el pasado

La falta de entendimiento de lo que es la oración

*Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad,*

*El Señor no me habría escuchado.*

*Pero Dios sí me ha escuchado,*

*Ha atendido a la voz de mi plegaria.*

*¡Bendito sea Dios que no rechazó mi plegaria ni me negó su amor!* **SALMOS 66.18 – 20**

El salmista declara esta verdad sin dejar lugar a duda: **DIOS obra**. Sea lo que sea lo que le haya pedido a Dios, recibió una respuesta del Señor y quería que todo el mundo lo supiera. Como un cliente satisfecho canta alabanzas de un producto apreciado, él anuncia al mundo que la oración produce resultados reales. **La oración NO fue diseñada para «*mover la mano de Dios*» sino para cambiar el corazón humano**. ¡La oración es la clave para descubrir el **propósito** de Dios para nuestra vida y para proporcionarnos la **pasión** y el **poder** para cumplirlo! ¿Necesita tu corazón un cambio?

Cuando nos comprometemos con la acción y la disciplina de la oración para conocer mejor a Dios, expresamos y afirmamos nuestra creencia en un *Dios personal*. Para la mayoría de nosotros significa que Él no es necesariamente el Dios que queremos, ya que nos preferimos a nosotros mismos tal como nos lo pide nuestra naturaleza pecaminosa, pero que hemos reconocido que Él es el Dios que desesperadamente necesitamos. Que se trate de la oración de emergencia ocasional de una persona o del diario diálogo divino de un creyente, hay un elemento perceptible de **sumisión** en cada oración sincera por el que admitimos una necesidad que no podemos cubrir por nosotros mismos.

Cuando echamos nuestra ansiedad sobre Dios, cuando depositamos nuestras cargas delante de Él y le abrimos nuestro corazón, afirmamos y expresamos la verdad de que Él es un *Dios personal*. Oramos creyendo y confiando en que Él participa y se interesa por nuestra vida diaria.

Cuando le pedimos a Dios dirección para nuestra vida, afirmamos y expresamos que creemos en la *mayordomía*. Porque Dios es el propietario de todo lo que tenemos, le pedimos consejo para cada nuevo paso que damos en nuestra vida.

Una vez más, lo que Jesús **practicaba** estaba conectado con lo que **creía**. En esta práctica, Cristo nos llama a orar como Él oró.

**PREGUNTA CLAVE:** ¿Cómo crezco al **comunicarme con Dios**?

Para aprender a ser como Jesús en lo referente a la oración, tenemos que ir a los Evangelios y ver cuándo oraba. Empecemos con la **prioridad** que daba a la oración. Marcos anota lo siguiente en el primer capítulo de su Evangelio: “*Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar”* **Marcos 1.35**

**¡Primer momento del día!**

¿Qué podemos aprender en este versículo tan claro y sencillo?

**La oración era una prioridad para Jesús.** Vemos en este versículo que se alejaba de todo el mundo para estar a solas. Sin distracciones; sin otras voces; nadie más sino el Padre y Él.

Y entonces oraba, **abriendo** su corazón a Dios y **escuchándolo** a ÉL. No sabemos por cuánto tiempo ni de qué hablaban, pero Jesús apartó un tiempo especial para comunicarse con el Padre antes de dedicarse a su día.

Es importante que no veamos este tiempo dedicado a la oración como nuestro «**tiempo** **con Dios**» para que luego el resto del día gire alrededor de nosotros mismos. Se trata más bien de que este tiempo con Dios ponga la pauta para nuestro día y que empecemos un diálogo continuo que seguirá a lo largo de los altibajos de nuestro diario vivir.

**AMÉN** significa «que así sea»; ¡no es una despedida! Si Jesús tenía la necesidad de pasar tiempo a solas con su Padre, para **hablar** con Él y para **escucharlo**, ¡cuánto más deberíamos nosotros ver esta práctica como una prioridad en nuestra vida!

**IDEA CLAVE:** Oroa Dios para conocerlo, **encontrar dirección para mi vida y exponer mis peticiones delante de él.**

El capítulo **17** del Evangelio de **Juan** contiene una de las oraciones de Jesús. Una característica importante de este diálogo es que Jesús ora por todos aquellos que iban a creer en Él. Aparta algún tiempo cuanto antes para leer este capítulo, aprender cómo orar y animarte por lo que Jesús le pide al Padre por **ti**.

En el Evangelio de Mateo, Jesús advierte a sus seguidores contra orar «*como los hipócritas*» que practican la oración como señal visible de religiosidad para ser aprobados por los hombres. **Mateo 6.5**

Jesús da instrucciones claras sobre la oración y usa palabras muy sencillas:

*“Ustedes deben orar así:*

*‘Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre,*

*venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.  
Danos hoy nuestro pan cotidiano.  
Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.*

*Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno’.”* ***Mateo 6.9-13***

La oración de Jesús era concisa y aún así muy detallada. Oró para que tanto el cuerpo como el alma fueran cuidados. Dio ejemplo de cómo pedir por perdón y protección. Expresó sus alabanzas al Padre y su sumisión a Él. No se necesitan ni se exigen hermosas palabras religiosas, nada más que peticiones honestas y sinceras.

**“Señor, enséñanos a orar” - Lucas 11.1-4**

La mayoría de nuestras oraciones empiezan con una lista de peticiones en las que exponemos delante de Dios **nuestros** problemas, **nuestras** necesidades, **nuestros** enfados. Esto hace que centremos nuestra atención más todavía en lo que nos preocupa y en nuestra imposibilidad de cambiarlo. Hasta podría explicar en parte el problema de que estamos más deprimidos y frustrados después de orar que antes.

Alan Redpath resume los sentimientos que muchos tienen incluso después de orar: «Cuando terminamos de orar, nos cuesta creer que nuestras débiles palabras hayan sido escuchadas, y más todavía que hayan provocado algún cambio en las circunstancias por las que hemos orado. Hemos hecho nuestras oraciones, pero no hemos orado». [Victorious Praying: Studies in the Lord’s Prayer (Grand Rapids: Fleming Revell, 1993) p. 12]

Jesús dio el Padre Nuestro en respuesta a la petición de los discípulos en el versículo 1: «Señor, enséñanos a orar». Parece que esperaron mucho tiempo para pedirle que les enseñara a orar. A estas alturas ya habían estado con Él durante meses, años quizá. Le habían visto orar en todas las circunstancias de la vida. Le habían visto apartar tiempo para orar a solas. Sabían que Jesús vivía una vida guiada y dinamizada por la oración. Quizá fue viéndole orar como se dieron cuenta de lo poco que sabían verdaderamente de la oración. Fuera lo que fuera, los discípulos le piden a Jesús: «*Señor, enséñanos a orar».*

Está claro que el Padre Nuestro **no** fue dado para **recitarlo** como un mero ritual. Nos fue dado como el esquema de parte del Señor para que nuestra oración fuera aceptable para Dios. Es muy importante fijarse en cómo Jesús responde a la petición de sus discípulos: «Señor enséñanos a orar». En Lucas leemos que Jesús respondió «**Cuando oren**», y en el pasaje paralelo de Mateo (6.9-13) se le cita diciendo «Ustedes deben orar así»; es decir, «Oren así». El Padre Nuestro fue dado para mostrar a los discípulos cómo orar, ya que eso fue lo que pidieron. Y no sólo qué palabras debían usar sino como lo debían hacer.

Reconozcamos que hay una diferencia entre **decir** el Padre Nuestro y **orar** el Padre Nuestro.  Elmer Towns lo expresa de esta manera: «La eficacia de tu oración no se mide por cuán alta, o por cuán larga sea, o incluso por cuántas veces repites las palabras del Padre Nuestro. Tu vida de oración será eficaz si eres sincero (tu actitud) y si pides como conviene (tus palabras)». [Towns p. 27]

**The Elements for the Lord´s Blueprint for Prayer**

**1. Oramos en base a una nueva relación**

Para empezar nuestro análisis del Padre Nuestro, echemos un vistazo a las primeras palabras: «Padre nuestro que estás en el cielo». Jesús insiste en la importancia de empezar nuestras oraciones reconociendo que Dios es nuestro Padre. Su enseñanza aquí es bastante revolucionaria. La palabra que Jesús utilizaba para Padre no era una palabra formal. Era una palabra muy común en arameo con la que un niño se dirigía a su padre: la palabra «Abba». Todo el mundo usaba esta palabra, pero nunca jamás nadie la había usado para referirse a Dios. «Abba» significaba algo parecido a «Papi» pero con un matiz más respetuoso de como lo usamos hoy día. Significaba algo como: «Querido Padre».

El hecho de que Dios es nuestro «querido padre» tiene que estar muy presente en la oración. Pablo nos dice en **Gálatas** **4.6**: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: “¡Abba, Padre!”» (RVR-1995) La expresión «padre nuestro» envuelve una nueva dimensión en la comunión íntima con Dios, la misma intimidad que existe entre un niño y su padre tenía que existir entre ellos y Dios.

Pero puede que tengas un gran impedimento en este aspecto, ¡ya que no tuviste un buen ejemplo en tu padre terrenal! Quizá tu padre fuera una persona iracunda, inaccesible o abusiva. En este caso, una manera de superarlo es pensar en Dios como alguien que es todo lo que siempre hubieses deseado que fuera tu padre. Dios puede ser para ti el sueño cumplido de un padre honrado y digno que te ama incondicionalmente. El principio de la oración eficaz es reconocer que Dios posee el **corazón** *de un padre*, el **amor** *de un padre*, la **fuerza** *de un padre* y la **preocupación** *de un padre* por el bien de sus hijos.

Por supuesto, no debemos olvidar que es imposible acercarse a Dios como nuestro Padre si no hemos nacido en su familia a través de la fe en Jesucristo. Esta oración se basa en una relación con Dios por la fe en Cristo.

Cuando empezamos diciendo *«Padre Nuestro»*, empezamos a orar en base a una relación **íntima** con Dios: la relación de un padre con su hijo. Dios no es un juez airado buscando una oportunidad para condenarnos, ni es frío y distante o demasiado ocupado para escucharnos. Él es nuestro Padre, y nos podemos acercar a Él con confianza. Una vez conscientes de que Dios es nuestro Padre, pasamos a la primera de las peticiones: «Santificado sea tu nombre».

El Padre Nuestro contiene siete peticiones; las tres primeras se llaman las peticiones de TU, porque están centradas en Dios.

Santificado sea TU nombre

Venga TU reino

Hágase TU voluntad

**2. Oramos en base a un nuevo respeto – «Santificado sea tu nombre»**

Cuando oras «santificado sea tu nombre», subes a otro nivel de respeto por Dios y de reverencia hacia su persona. Asciendes al mismísimo corazón de Dios para reconocer quién es Él y qué ha hecho por ti.

Cuando Jesús nos enseñó a orar «santificado sea tu nombre», nos estaba diciendo que la presencia de Dios podía ser real en nuestros corazones. Cuando oras «santificado sea tu nombre», dejas que Dios se siente en el trono de tu corazón. Se trata de dejar que Dios se siente en el trono de nuestra vida aquí en la tierra de la misma forma que está sentado en su trono celestial.

¿Cómo «santificamos» su nombre? Santificamos su nombre con nuestros labios, tanto en privado como en público, y con nuestros hechos. Orar que su nombre sea «santificado» significa que ante todas las cosas deseamos que nuestra vida revele a los demás el nombre de Jesús y el carácter de Dios.

**3. Oramos en base a una nueva prioridad – «Venga tu reino»**

Primero: «¿qué quería decir Jesús cuando nos enseñó a orar que venga su reino?». Cuando oramos «venga tu reino», reconocemos que el reino de Dios no está al mando en la tierra actualmente. El tiempo verbal del verbo «venir» se refiere a un tiempo decisivo en el futuro cuando el reino vendrá de una vez para siempre: un evento que ocurrirá una sola vez. De hecho, estás pidiendo por la segunda venida de Jesús a esta tierra. Estás pidiendo que Jesús venga y establezca su reino en esta tierra. Estamos esperando el punto culminante de la historia cuando la voluntad de Dios se hará en la tierra como en el cielo.

Si realmente deseamos que en un futuro Dios gobierne sobre todo hombre y toda mujer, implica que deseamos que su voluntad se cumpla en nuestra vida ahora. Cuando oramos «venga tu reino», reconocemos el derecho de Dios a gobernar sobre todos los hombres, nosotros incluidos. No nos atrevamos a orar que gobierne sobre otros si no deseamos honestamente que nos gobierne a nosotros. No tiene ningún sentido orar «venga tu reino» si no estamos colaborando completamente para que su gobierno se establezca en nuestras propias vidas. Es obvio que cuanto más nos sometemos al reinado de Dios en nuestra propia vida, más nos podrá usar Dios en mostrar su reino en esta tierra.

**4. Oramos en base a una nueva sumisión – «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»**

Desgraciadamente es cierto que a lo largo de los siglos, incontables millones de individuos han repetido las palabras «hágase tu voluntad» sin tener la menor idea de lo que es la voluntad de Dios. Quizá sea más alarmante que más gente todavía haya repetido estas palabras sin tener la menor intención de contribuir a que la voluntad de Dios sea hecha.

Si pides «hágase tu voluntad», tienes que estar dispuesto a hacerla «ahora mismo». Date cuenta de que no estás pidiendo a Dios que cambie su voluntad o que bendiga la tuya, le estás pidiendo que te ayude a encontrar y hacer su voluntad en tu vida.

Pero no basta con conocer la voluntad de Dios; hay que aplicarla. «Hágase tu voluntad» en realidad es una oración de sumisión. Según Romanos 12.2, es nuestro privilegio someternos a “…la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” (RVR-1995). La verdad es que la causa de tanta inquietud, frustración, tristeza y debilidad en la vida de un creyente se puede encontrar en el deseo de seguir nuestra propia voluntad. En el fondo de todos nuestros errores está el deseo de que se haga como yo quiero y no como Él quiere, ¡una voluntad que dice NO a Dios!

Como ya dijimos antes, las tres primeras peticiones tienen que ver con Dios. Las siguientes cuatro peticiones, que vamos a ver ahora, tienen que ver con el bienestar del ser humano y se caracterizan por la palabra «nos»: «danos», «perdónanos», «guárdanos», «guíanos». En la segunda mitad de la oración dejamos de orar por la gloria de Dios para orar por nuestras necesidades. Una de las profundas realidades de la vida cristiana es la convicción de que Dios se interesa por las necesidades diarias más básicas de nuestras vidas. Se interesa de que tengamos calor, comida y casa. Nuestro bienestar integral le interesa, y esto incluye las cosas necesarias para vivir.

**5. Oramos en base a una nueva dependencia – «Danos hoy nuestro pan cotidiano»**

¿Qué significa esta petición? No le damos toda su importancia simplemente porque cuando se despertaron esta mañana, ninguno de ustedes tuvo la menor duda de que podría comer hoy. Para la mayoría de los americanos, la mayor preocupación no es si vamos a comer o no, es qué vamos a comer. Se nos enseña a orar «danos hoy nuestro pan cotidiano» para que nos acordemos de nuestra dependencia de Dios para todas las cosas. Dios nos creó con necesidades para que tuviéramos que buscarle a Él para suplirlas. En esta oración por «el pan cotidiano», el pan representa más que sólo la comida. Representa todas las cosas materiales que necesitamos para vivir. Hacer esta oración por «nuestro pan cotidiano» expresa nuestra convicción y creencia en que Dios puede contestar nuestra oración y cubrir nuestra necesidad. No es que estemos orando para mitigar la falta de voluntad de Dios o para suavizar sus reticencias, buscando inclinar su voluntad hacia la nuestra; no, es agarrarnos a su voluntad para darnos.

Otra gran verdad en el terreno espiritual es que las fuerzas de ayer no sirven para las luchas de hoy. A veces los cristianos tendemos a depender de nuestras experiencias con Dios en el pasado. Claro que eran buenas, pero necesitamos un toque fresco de Dios cada día de nuestra vida. Dios nunca nos da un depósito de gracia, espera que le busquemos cada día para recibir la gracia suficiente para enfrentar los desafíos de ese día.

Como creyentes, la frase, «este día» nos recuerda que nuestras fuerzas espirituales tienen que ser renovadas día tras día. Muchas veces nos exasperamos, ansiosos por solucionar hoy los problemas de mañana. Jesús habló del problema de la preocupación en el Sermón del Monte y dijo lo siguiente: «No os angustiéis, pues, diciendo: “¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?”, porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación. Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6.31-34 RVR-1995). Si nos preocupamos por el mañana, le estamos diciendo a nuestro Padre celestial que no estamos seguros de que Él pueda proveer nuestro pan de mañana. La invitación a orar «danos hoy nuestro pan cotidiano» es una invitación a acudir a Dios incluso con aquellas cosas que otros consideran pequeñas. No sólo debemos exponer las cosas grandes delante de Dios, también nuestras peticiones más ordinarias: por un abrigo, por zapatos, por unas vacaciones, por la compra o incluso por una bicicleta.

El mejor pan es Jesucristo mismo. El único pan que sacia completamente y por siempre es la provisión de Jesucristo mismo. «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo». Juan 6.51 (RVR-1995)

**6. Oramos en base al perdón de Dios – «Perdónanos nuestros pecados»**

Esta petición no sólo es una oración explícita pidiendo por el perdón, «perdónanos nuestros pecados», sino también por un espíritu de perdón: «como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores». Las primeras tres peticiones se refieren al papel de Dios como nuestro Padre. Las últimas cuatro se centran en nuestras necesidades como hijos de Dios.

En nuestro modelo de oración, le pedimos a nuestro Padre por el perdón después de haberle pedido por la provisión. «Perdónanos» viene después de «danos». Vuelve un momento al principio del versículo cuatro; subraya la palabra «y», porque conecta la petición por el pan diario con la petición por el perdón diario. De esta manera, cuando pensemos en nuestra necesidad de alimento, pensaremos en nuestra necesidad de perdón. Muchos somos muy conscientes de nuestra necesidad del pan diario, pero totalmente inconscientes de nuestra necesidad de perdón diario.

Si somos sinceros al orar «perdónanos nuestros pecados», entonces estamos admitiendo sin tapujos que somos culpables de pecar. Algunos presumen erróneamente de que por ser salvos ya no tenemos necesidad de pedir perdón ni de confesar nuestros pecados. Eso por supuesto no es así. Primera de Juan 1.8-9 nos dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (RVR-1995). El creyente sí puede pecar, y por lo tanto necesita confesar y pedir perdón todos los días. ¡Dios es especialista en quitar la culpa!

Recuerden que esta es una «oración familiar», no trata el pecado del no creyente. No trata nuestra condición delante de Dios, que fue determinada en el momento de la salvación y no puede ser cambiada; trata los pecados de los hijos de Dios, que obstaculizan nuestra comunión con el Padre. Ningún no creyente puede recibir el perdón de Dios alegando que ha perdonado a otra persona. Aunque obtenemos el perdón cuando somos salvos, nunca podremos disfrutar completamente de esta purificación en nuestra vida cristiana si no estamos dispuestos a extenderlo deliberadamente a aquellos que nos ofenden. El verdadero creyente **es perdonado** y **perdona**. Eso no significa que el perdón siempre surja fácil y naturalmente ni siquiera para el creyente. Mantener un espíritu perdonador siempre es una lucha. Pero esta lucha en sí es una evidencia de la gracia de Dios en el corazón de una persona, ya que de otra forma él o ella terminarían sucumbiendo a la amargura. La advertencia aquí es para aquellos que se dicen cristianos pero no perdonan ni tienen el deseo de hacerlo.

Puede que aquí estemos tocando una de las razones principales por las que nuestras oraciones no son contestadas. ¿Será posible que alguien prefiera que sus oraciones no sean contestadas por la satisfacción humana de odiar y de guardar rencor contra alguien que nos ha ofendido? Si no perdonamos, levantamos una barricada en nuestra vida de oración.

**7. Oramos en base a la protección de Dios - «y no nos dejes caer en tentación»**

En la petición anterior, «perdónanos nuestros pecados», pedíamos que pecados ya cometidos fueran perdonados, pero aquí tenemos una plegaria de liberarnos de cometer nuevos pecados. En esta parte de la oración se pide antes que nada por protección. Al enseñarnos a pedirle a Dios «que no nos deje caer en tentación» no está diciendo que sea Dios quien nos tienta. Santiago declara que «Dios no tienta a nadie» (Santiago 1.13). Lo que hace es aceptar el peligro de la tentación, reconocer nuestra dificultad en luchar con ella y pedir que nos libre de ella.

Si queremos ganar la batalla contra la tentación, tenemos que ser conscientes de la realidad de la guerra espiritual. No podemos vencer aquello que no entendemos. Ignorar el hecho de que se está librando una gran batalla espiritual en nuestro mundo no borra el hecho de que sea así.

Tenemos que reconocer nuestra incapacidad de tratar con la tentación por nosotros mismos. Tenemos que recordar que todos somos vulnerables ante la tentación, nadie está exento de caer en ella. No importa cuántos años y cuánta madurez tengamos en la fe. Aunque la fuerza de ciertas tentaciones pueda disminuir con la edad, nunca estamos libres de tentación mientras vivamos en este mundo.

Cuando oramos que Dios nos proteja de la tentación, estamos de acuerdo con la oración sacerdotal de Jesús. Él oró: «no ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal». Juan 17.15 (RVR-1995)

La segunda parte de la oración por la protección de Dios la encontramos en la siguiente petición: «líbranos del maligno».

La versión Reina Valera lo traduce así: «líbranos del mal», pero la Nueva Versión Internacional o Dios Habla Hoy lo expresan de esta forma: «líbranos del maligno», refiriéndose por supuesto a Satanás.

Al usar la frase «líbranos del maligno» estás reconociendo que la vida es una lucha con un enemigo que se nos opone. Y porque no sabemos a qué peligros nos enfrentaremos cada nuevo día, necesitamos que la protección de Dios nos cubra. Cuando oras «líbranos del maligno», le estás confiando tu protección a Dios.

Aunque Satanás sea el que gobierna este mundo caído, aunque sea el príncipe de los poderes invisibles, aunque tenga cohortes de espíritus malignos a su mando, no tiene ningún derecho sobre los hijos de Dios ni tiene poder alguno para tentarlos más allá de lo que el Padre permite.

Para aprender sobre la oración tenemos que orar. Jesús nos dio unas instrucciones, y quiero desafiarte a usarlas. Empieza a orar «**Padre Nuestro que estás en los cielos**» y piensa en lo que significa hablar con el Dios del universo como Padre. Luego ora sobre SUS **prioridades**: «Venga tu reino», SUS **propósitos**: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», confía en SU **provisión**: «danos hoy nuestro pan cotidiano», pide por SU **perdón**: «Perdónanos nuestros pecados, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores», y SU **protección**: «y no nos dejes caer en tentación sino líbranos del maligno».

En Mateo, Marcos y Lucas escuchamos a escondidas en la puerta del cielo y oímos a Jesús derramar su mayor carga a Dios: la realidad de la cruz. Le vemos retirarse, expresar su deseo y aún así **permanecer en completa sumisión**. Y vemos la respuesta de Dios, no como Jesús podría haber deseado, pero de manera que hubiera provisión. Este pasaje atormentador nos da mucho que pensar acerca de la oración:

*Entonces se separó de ellos a una buena distancia, se arrodilló y empezó a orar:****“****Padre, si quieres, no me hagas beber este trago amargo; pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya.”**Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo.****Lucas 22.41-43***

La única vez que la Biblia refleja una oración difícil y desesperada de Jesús, el Padre dijo: «No», y Jesús aceptó su respuesta.

Este intercambio nos alienta ya que Dios, aunque no siempre nos librará de nuestras circunstancias, nos dará todo lo que necesitamos para cumplir con lo que nos ha pedido hacer.

**APLICACIÓN CLAVE: ¿**Qué diferencia marca esto en **mi modo de vivir**?

• Oramos para poner nuestras vidas en armonía con la voluntad y la historia de Dios.

• Oramos para dejar nuestras cargas delante de Dios y encontrar paz.

• Oramos para no tomar ninguna decisión sin buscar a Dios.

• Oramos por los demás.

Si hay un tema al que el salmista se refiere con regularidad, es el de la oración. Vemos la humildad ir a la par de la valentía, la reverencia junto con la confianza: no en uno mismo sino en Dios. Muchos pasajes del libro de los Salmos nos inspiran y nos desafían a acercarnos a Dios y a hablarle de las necesidades más profundas de nuestra vida. Fíjate en el poder y en los sentimientos reflejados en cada palabra. Aquí te dejo sólo algunos ejemplos:

*A ti clamo, oh Dios, porque tú me respondes, inclina a mí tu oído, y escucha mi oración.* ***Salmos 17.6***

*Escucha, oh Dios, mi oración; presta oído a las palabras de mi boca.* ***Salmos 54.2***

*Escucha, oh Dios, mi oración; no pases por alto mi súplica.* ***Salmos 55.1***

*Que llegue ante ti mi oración; dígnate escuchar mi súplica*. ***Salmos 88.2***

*Yo, Señor, te ruego que me ayudes; por la mañana busco tu presencia en oración.* ***Salmos 88.13***

Ya que la palabra *oración* tiene una fuerte connotación religiosa para algunos e intimida a otros, recordemos una verdad asombrosa: se nos invita a **hablar** *con* y a **escuchar** *a* nuestro Creador y Salvador. Él no es distante, está escuchando. No nos impide a venir a Él, nos invita a acercarnos.

**La oración es una conversación con Dios**. Exponemos nuestras sinceras peticiones delante de Él, nuestra necesidad del pan cotidiano. Al mismo tiempo dejamos claro, como lo hizo Jesús, que queremos que la voluntad de Dios prevalezca sobre nuestra propia voluntad, confiando en que su plan es bueno y el mejor. Al descansar en la presencia de Dios, Él hablará y nos mostrará su voluntad en su perfecto tiempo.

La mayoría se siente culpable por no orar lo suficiente. Yo dejé atrás esta actitud hace años. No podemos agradar a Dios si nuestra conversación con Él es una obligación más que un deseo y un profundo anhelo de recibir su ayuda y dirección.

¿Nos dejamos desafiar por estos pasajes de la Escritura sobre la oración y permitiremos que influyan en nuestras acciones, hablando con Dios con reverencia y adoración al mismo tiempo que disfrutamos de una profunda intimidad en la relación con un amigo que nos ama y al que amamos?

En los Evangelios vemos que Jesús lleva toda decisión y acontecimiento importantes de su vida delante de su Padre. Vino para cumplir los **propósitos del Padre** y recibió dirección y fuerza de esos momentos íntimos de comunicación. Será igual para nosotros. Tenemos que orar como oraba Jesús. La oración es la práctica que establece la conexión vital entre el corazón de Dios y el nuestro.

El autor de Hebreos nos habla del gozo que encontramos en la **práctica** de la oración: «*Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos».* **Hebreos 4.16**

**P**ersonalizar - **R**eflejar - **O**bedecer - **R**endir- Página 102 en Antes del Amén

Creo que deberíamos ser constantes en la oración, pero no insistentes.

Creo que deberíamos ser fervientes en la oración, pero no contundentes.

Creo que deberíamos escuchar cuando oramos, más que hablar.

Creo que deberíamos ser valientes en la oración, no miedosos.

Creo que deberíamos hacer una lista de los beneficios, antes que de las cargas.

Creo que deberíamos orar más y preocuparnos menos.

**ESTAR QUIETOS**

Antes de que existiesen los refrigeradores, la gente usaba casas frías para conservar sus alimentos. Las casas frías tenían muros muy gruesos, sin ventanas, y una puerta ajustada. En invierno, cuando los ríos y los lagos estaban congelados, se cortaban grandes bloques de hielo que eran arrastrados a las casas frías y recubiertos con serrín. Muchas veces el hielo duraba hasta bien entrado el verano.

Un hombre perdió un valioso reloj mientras estaba trabajando en la casa fría. Lo buscó con diligencia, rastrillando cuidadosamente el serrín, pero no pudo encontrarlo. Sus compañeros también buscaron, pero todos sus esfuerzos eran en vano.

Un niño pequeño se enteró de la búsqueda infructuosa, se deslizó dentro de la casa fría a la hora de comer y no tardó en salir con el reloj.

Muy sorprendido, el hombre le preguntó cómo lo había encontrado.

«Cerré la puerta», contestó el niño, «me tumbé en el serrín y mantuve silencio. Pronto escuché el tic-tac del reloj».

Muchas veces, la pregunta no es si Dios está hablando, sino si estamos lo suficientemente quietos y silenciosos para oírle.